

anne staples

diversiones femeninas, 1842

Al iniciarse la vida independiente, en México la mujer de buena posición social carecía de un modelo de comportamiento a seguir, como lo habían tenido su madre, abuelas y demás antepasadas. Ellas habían observado —incluso participado— en la corte Virreinal que ponía el tono a la sociedad, establecía las modas y daba cierto sentido a las formas sociales que guardaba escrupulosamente. Los protocolos, las reminiscencias de la vida cortesana europea y el intento de transferir las modalidades de la cultura europea a América tuvieron sentido mientras la Nueva España estuvo sujeta al dominio de la metrópoli. Terminada esa forzada dependencia, seguida por su franco desprestigio durante la subsecuente expulsión de los españoles, cuyo momento más álgido fue en 1828,¹ la sociedad de la capital tuvo que ajustarse a la nueva realidad. Desaparecieron las órdenes nobiliarias, se decretó la abolición de las distinciones en el vestir, se mandaron borrar los escudos nobiliarios de los edificios y se adoptaron algunas de las modalidades de la revolución francesa, que destacan la fraternidad entre los hombres. Los varones se dirigían entre sí con el único título de “ciudadano”, y se insistía en la necesidad de implantar usos republicanos en la vida pública. Desde luego, este afán no fue ni continuo ni du-

1. Sims, Harold Dana: *La expulsión de los españoles de México, 1827-1828*. México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

2. Staples, Anne: *Leona Vicario*. México, Secretaría de la Presidencia, 1976.

3. Calderón de la Barca, Frances Erskine: *Life in México: the letters of Fanny Calderón de la Barca*. Garden City, New Jersey, Doubleday, 1970, p. 288.

radero. El imperio de Iturbide dio una breve oportunidad a la alta sociedad para seguir adulando a emperadores, príncipes y princesas de la sangre, y seguir celebrando los cumpleaños y otras festividades familiares de tan ilustres personajes. El régimen siguiente, encabezado por el ex soldado Guadalupe Victoria, no dio lugar a ningún esplendor social. El presidente había ocupado sus años mozos en luchar contra los españoles y en sobrevivir escondido en las barrancas de Veracruz, no en adquirir los dones necesarios para brillar en sociedad.

Durante estos años de la primera república federal se sentía la disolución que trae toda guerra. Las mujeres, en cualquier rebelión, son llamadas por necesidad a desempeñar papeles que serían inconcebibles durante periodos de paz. No solamente las de clase humilde vivían situaciones muy difíciles; también las mujeres acostumbradas a la vida sobreprotegida y muelle de las familias ricas en una gran urbe. Un bello ejemplo es Leona Vicario, de buena familia emparentada con la nobleza colonial, educada por maestros particulares, dueña de una renta nada despreciable. Entre sus hazañas se cuenta la fuga a Oaxaca desde la capital del país, a lomo de mula, sin más compañía que los seis soldados que la habían rescatado, vestida de harapos y con la cara embarrada de carbón para no ser reconocida. Esta mujer, que antes de la gran aventura había vestido sedas, llegó a vivir algún tiempo en una cueva en tierra caliente, lugar donde dio a luz a su primera hija.² Como ella, hubo otras muchas mujeres que vivieron en circunstancias dramáticas, cuyas vidas quedaron marcadas para siempre por las experiencias de la guerra. Varias fueron a la cárcel, entre ellas Josefa Ortiz de Domínguez, encerrada durante años en un calabozo. Otras fueron fusiladas. La seriedad de lo que estaba en juego durante la guerra relegó a un segundo lugar y reveló lo ridículo de las pretensiones sociales y de las limitaciones que éstas imponían a la conducta de la mujer. La escasez de fondos, la desorganización social, la falta de un nuevo modelo que imitar, todos estos factores fueron determinantes para explicar la posición de las mujeres privilegiadas en la ciudad de México después de la independencia.

Nuestra más socorrida observadora, Fanny Calderón de la Barca, esposa escocesa del primer embajador español, nos habla, ya para finales de los treinta, de una sociedad donde las señoras viejas añoraban la época colonial, veían su situación contemporánea con profundo pesimismo y desagrado, y hacían un gran esfuerzo por seguir las formas tradicionales, ya vacías de su intención y contenido originales. Observa la marquesa Calderón de la Barca una falta de educación casi universal entre las mujeres, una existencia sin más sentido que cumplir con las obligaciones religiosas y familiares, y una prohibición casi absoluta de sobresalir del medio en el cual se encontraban. Hasta el trato social estaba prohibido para las jóvenes dado que casi nunca tenían ocasión de entablar amistades.³

Sin embargo, siempre hubo algunas mujeres que hacían lo que querían, o por lo menos que lograban burlar, sin excesivas dificultades, el estereotipo, legado de la colonia de la mujercita encerrada y piadosa. El coqueteo, la obsesión por el arreglo personal, el engalanarse con joyas sin preocupación por su procedencia (la mujer de Calleja, doña Francisca, se adornaba con las joyas robadas a la Virgen de San Juan de los Lagos)⁴ el inventar cualquier diversión para matar el tedio abrumador de la vida citadina de una mujer-adorno, muestran el poco apego al modelo sublime de mujer devota y recatada. La Güera Rodríguez no es un ejemplar único en la historia de México. Todavía a los sesenta y dos años se daba el lujo de tomar un carruaje y hacer el emocionante y peligroso viaje hasta San Agustín de las Cuevas (Tlalpan) durante la feria anual antes de Pascua Florida. Poco antes de su muerte en 1851 entró a la Tercera Orden Franciscana, después de una vida nada sosegada; vida que compartió con tres maridos e innumerables admiradores.⁵

Maquillaje y diversiones

La Güera Rodríguez es tal vez el ejemplo más notable de belleza, coquetería y determinación por hacer su santa voluntad; pero hubo, como ella, muchas otras mujeres ansiosas de sobresalir. En la década de los cuarenta se empieza a notar su presencia por los anuncios periodísticos de productos de belleza, comidas preparadas y espectáculos que podrían ser de especial interés para la mujer. Hay que recordar que las mujeres se arreglaban, y se arreglan, no sólo para agradar al sexo masculino, sino para resaltar su propia imagen, para satisfacer su propia vanidad, para sobresalir por encima de las demás, o sea, por competir. Los comerciantes han aprovechado siempre esa necesidad de la mujer por hermostearse y adornarse y los años de Santa Anna, a pesar de las bancarrotas y revueltas, no fueron la excepción. En 1842 el periódico *Siglo XIX* anunciaba la venta, por cierto en la Librería Mexicana, no en alguna botica como sería de suponer, de toda una serie de productos de belleza. Por la cantidad de cinco pesos, equivalente a más de dos semanas de sueldo de albañil, una dama de sociedad podía comprar un "extraordinario aceite americano septentrional para hacer crecer, ennegrecer y conservar hermoso el pelo". Este maravilloso aceite, aplicado en la cabeza, también curaba la calvicie y, cosa más rara, fortalecía la vista. Por solamente tres pesos las señoras podían conseguir un licor aromático para hermostear, suavizar y blanquear el cutis y quitar manchas de la cara. Las

damas que deseaban tener el pelo castaño o negro, podían aplicarse unos polvos de la India, con la indiscutible ventaja de que el proceso solamente duraba "muy pocas horas". En esa época en que tomar un baño implicaba toda una tarde, pintarse el pelo resultaba naturalmente una empresa dilatada. Si además de pintarse, alguna guapa quería rizarse el cabello, podía adquirir, por un peso, un pomo de "agua persiana", de uso exclusivo para el bello sexo.⁶ Quizá los otros artículos arriba mencionados eran comprados también por los señores.

Adecuadamente arregladas, las señoras de tono tenían casi como única opción asistir al teatro, que se convirtió en pasión durante la década de los cuarenta. Había temporada de comedia y de zarzuela. Estas representaciones teatrales eran en gran medida las antecesoras de nuestras telenovelas de hoy en día, o del teatro de revista. Gozaban de gran fama las operetas de Donizetti, como *Lucrecia Borgia*, tema que nos parece un poco fuerte para la sociedad de aquel entonces, aunque, en realidad, no era tan cerrada como lo imaginamos a más de cien años de distancia. *La favorita de Napoleón* no parece, por el título, ser una obra muy edificante, como tampoco lo eran *El marido de mi mujer*, *El marido de dos mujeres* o *La Sonámbula*, piezas teatrales exhibidas durante enero de 1842. Una de estas obras, *Torre de Nesle*, provocó la indignación pública. El auditorio, en el que desde luego había damas, se alborotó cuando la censura suspendió la obra. El perfecto de la ciudad no tuvo más remedio que permitir su representación, a pesar del "espantoso y terrible cuadro de corrupción que representa". El parlamento que puso los pelos de punta a los censores era una referencia a lo tradicionalmente más sagrado y más maltratado: la imagen pura de la madre. Decía uno de los personajes, "pues bien, madre mía, maldita seas". Y decían los censores, "éste es el colmo de la inmoralidad en el teatro". La pieza, "un cuadro acabado de vicios, era monstruosa", decían, y no se podía "admitir ni en la naturaleza ni en la religión". Sin embargo, el público de ambos sexos llenó la sala en las siguientes representaciones, hasta que finalmente fue suspendida.⁷

De vez en cuando los mismos teatros quitaban las butacas para dar un baile de máscaras cuyo costo, al igual que en las representaciones teatrales, era determinado por el lugar. Los

4. Rodríguez Barragán, Nereo: *Biografías potosinas*. San Luis Potosí, Biblioteca de Historia Potosina, 1976, p. 77.

5. Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 277; Valle-Arizpe, Artemio de: *La Güera Rodríguez*. México, Editorial Diana, 1977.

6. Anuncios del periódico capitalino *Siglo XIX*, 18 de feb. y 1o. marz. 1842.

7. Aviso a la prefectura del centro de México, firmado por Antonio Diez de Bonilla en *Siglo XIX*, 22 de enero 1842.

6 DIPLOMAS DE HONOR - 8 MEDALLAS DE ORO
NUEVO DESCUBRIMIENTO

JUVENIA

DE
GUESQUIN, Farmacéutico-Químico

PARIS - 112, rue du Cherche-Midi - PARIS.

La JUVENIA devuelve al pelo blanco ó á las barbas grises el color natural, desde el CASTAÑO hasta el NEGRO más HERMOSO.

La JUVENIA no contiene ninguna sal metálico; es completamente inofensiva.

Depositarios en MEXICO: JULIO LABADIE Sucesores y C^{ia}.

palcos donde cabían ocho personas, costaban 16 pesos, los palquitos, con lugar para seis, 12 pesos, la entrada al salón, dos pesos, hasta llegar a las cazuelas, que valían un peso.⁸ Estas no tan inocentes diversiones entretenían la mayor parte del tiempo de una señora de tono. Según un periódico de la época, su día y su noche se repartían entre ir a la comedia (como ver la televisión hoy en día), después reunirse con amigas en una tertulia, llegar a altas horas de la noche a su casa y gastar dos horas en quitarse los adornos y preparar los del día siguiente. Esta actividad era seguida por un sueño reparador que duraba hasta las doce del día siguiente.⁹

Algunas mujeres tenían suficiente "esprit" para dedicarse a alguna actividad menos pasiva. Era tradicional que estudiaran música, pero se dieron pocos ejemplos de mujeres, salvo las del ambiente teatral, que se atrevieran a presentarse en público para dar recitales o conciertos. Los primeros indicios de este tipo de actividad los encontramos también en los años de Santa Anna. En abril de 1842 se presentó en el teatro de Nuevo México, construido con el beneplácito del dictador, una cantante, la señorita Francisca Avalos, acompañada por el señor Leonardi y el profesor de música Felipe Lozada. Precisamente durante la cuaresma tuvo gran auge la Sociedad de la Bella Unión, agrupación musical que se reunía en el café del mismo nombre. Con el pretexto de que la música suaviza mucho las costumbres, cada día, entre las ocho y las nueve de la noche, se daban conciertos. El 17 de febrero de 1842 también fue memorable por la actuación ante el teclado de una señorita mexicana y una niña. Tocaron obras de compositores a la moda: Bellini, Donizetti, y Mayer-bee.¹⁰

Otras muchachas se las arreglaban para huir un rato de la casa y de la presencia de mamá con el pretexto de formar parte del coro de la iglesia. Aquí de nuevo el gusto por el teatro, aunque ahora con otra apariencia, resultaba ser un potente atractivo. En 1865 se juntó un grupo de queretanas para disfrutar a la vez que dar más brillo a las festividades del acto inaugural del seminario conciliar. Desde luego, el coro que acompañó a la orquesta durante la misa estaba formado por muchachas distinguidas. Comisiones de señoras se encargaron de reunir fondos entre las vecinas para adornar la iglesia, mientras otras ensayaron sus partituras. Como este coro era mixto y la ocasión de regocijo, sirvió de entretenimiento durante mucho tiempo.¹¹

La diversión no se restringía al sector femenino adinerado. Todo el mundo acudía a ver al célebre equilibrista Herr Cline "cuyas evoluciones sobre la cuerda elástica han servido de recreación en los principales teatros de Europa y América".

Lo notable de su presentación era la compañía de una niña de nombre Carolina, cuyos bailecitos probablemente llamaban más la atención que las machincuepas de Cline. Se decía suizo, y hacía actos de acrobacia acompañado por toda su familia. En esos años había funciones de circo, de maromas y de gimnasia, de sainete, de pastorelas, de sombras chinescas o fantasmagóricas, de vistas de diorama y de cosmorama (antecedentes del cine) y hasta se podía llevar a toda la familia a ver una leona y un tigre.¹² Los paseos seguían teniendo un gran atractivo, y se llegó a anunciar un barquito con remos y velas para hacer el paseo por el canal de Santa Anita e Ixtacalco en gran estilo.¹³

Las mujeres participaban en otras sorprendentes actividades durante esos primeros años de México independiente. Santa Anna tenía particular debilidad por jugar a los gallos, y la afición por los juegos de azar era casi universal. No es de extrañar que las mujeres también se las arreglaran para disfrutar de la vida durante estos años tan pesimistas, políticamente hablando. Por un lado, cualquier innovación era vista con gran cautela, había una tendencia conservadora muy fuerte que mantenía las mismas instituciones y las mis-



8. Siglo XIX, 3 febrero 1842.

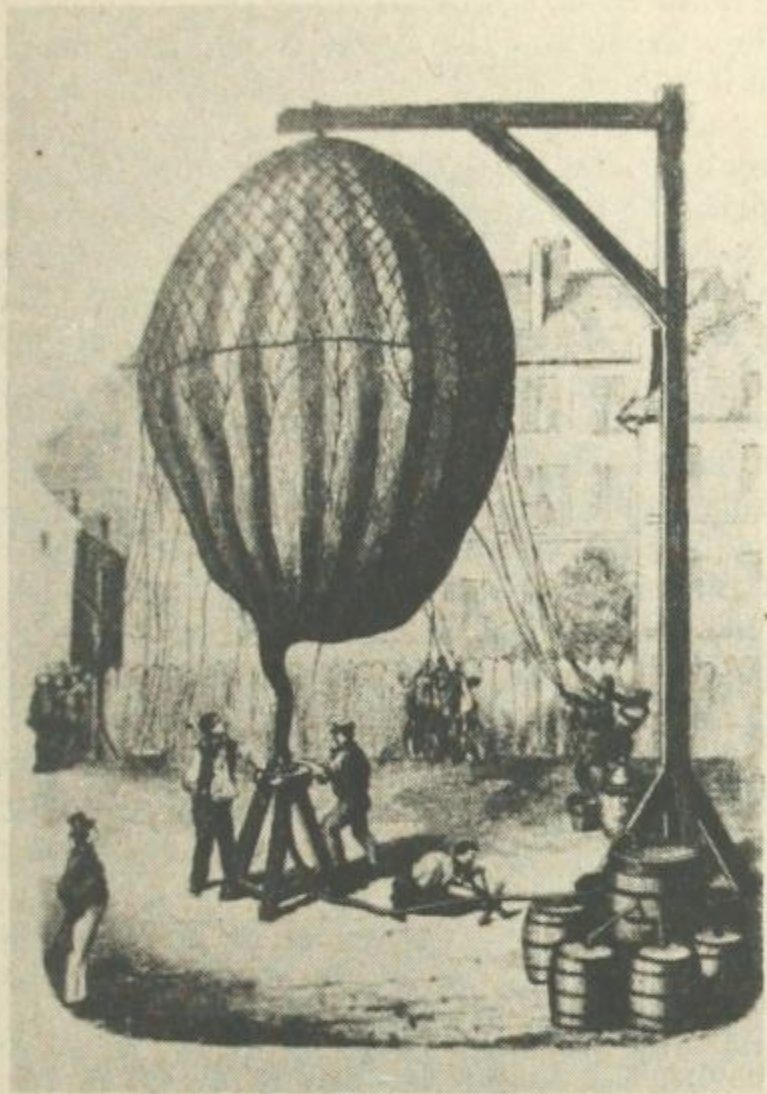
9. Siglo XIX, 20 enero 1842.

10. Siglo XIX, 14 de abril y 18 de febrero 1842.

11. De la Isla, Ezequiel: *Historia del seminario conciliar de Nuestra Señora de Guadalupe de Querétaro*. Querétaro, Editorial Jus, 1963, vol. 1, p. 36.

12. Siglo XIX, 25 abril 1842; Instituto Nacional de Antropología e Historia, Fondo Lira, vol. 234, pp. 101, 104v, 109, 110, 111, 115, 120, 126.

13. Siglo XIX, 19 de febrero 1842.



mas costumbres sociales. Pero en cuanto a diversiones, eran precisamente las innovaciones que llamaban la atención. Uno de los grandes acontecimientos de 1842 fue la empresa de Benito León Acosta, ex alumno del Colegio de Minería, quien decidió buscar su fortuna en el aire y no en el subsuelo. Hizo una hábil publicidad mediante numerosos anuncios en el periódico, dedicó la primera función al presidente Santa Anna, y logró impresionar de tal modo que le fue concedido el privilegio exclusivo de hacer ascensiones en toda la república por espacio de tres años. Hombres y mujeres se juntaron en la plaza de toros de San Pablo desde las ocho de la mañana, y a las 11:00 se soltó el globo, acompañado por los gritos de asombro de la multitud. Según las crónicas de la ópera, hubo "hondo asombro y entusiasmo frenético de todas las clases sociales". Santa Anna recibió a León Acosta al bajar a tierra y luego a la noche, todos fueron al teatro, donde nuevamente la sociedad le dio una ovación delirante. Esta intrépida experiencia fue repetida al poco tiempo; ahora el astronauta dedicó su ascensión a las señoritas mexicanas, hábil maniobra para hacer más aceptable el espectáculo de los escrupulosos padres de familia. Durante esta segunda ascensión, que desde luego tenía que ser más emocionante que la primera, soltaron desde las alturas de moda, hasta una señorita accedió a hacer el viaje a canastilla acompañada de un señor francés. Fue la comidilla de México durante semanas.¹⁴

Para completar esta reseña de la frivolidad y de la diversión, habría que mencionar los cafés y las fondas que fun-

cionaban durante esta misma época. Una de ellas, un café-nevería, se llamaba La Sociedad del Proceso. Era el colmo de la elegancia con sus mesas de mármol blanco y sus cucharas y bandejas de plata. Se consideraba un lugar muy decente para llevar a la señora de la casa después de un paseo. Otro era el café del Aguila de Oro. Alguno de estos cafés no se cuidaba demasiado del "qué dirán". La misma Sociedad de la Bella Unión, ya citada en relación con los conciertos cuaresmales, suscitó la reprobación de un articulista al no haber quitado durante los días de la semana mayor unos cuadros que había en el patio. En ofensa mayor incurrió el manufacturero de unas matracas al tener la ocurrencia de adornarlas con una Venus de cera "enteramente desnuda e imitando la naturaleza". A Guillermo Prieto, conocido periodista en esos años, por la misma causa le llamaron la atención, pues al describir los escándalos suscitados durante el Jueves Santo comentó "a esto se agrega tal cual matraquita con su Venus desnuda".¹⁵ Desde luego que la queja no era contra el mal uso de la belleza femenina, sino en contra del desacato a la solemnidad de la Semana Santa. De todas maneras, estos incidentes nos dan cierta idea de una sociedad donde las mujeres también participaban en las diversiones públicas, y donde ni siquiera la Semana Santa era tan rigurosa y ascética como pensamos al hacer generalizaciones acerca de la tradicional sociedad mexicana y el comportamiento de la población femenina.

Las diversiones populares eran compartidas por los dos sexos, con todo y niños, situación que perduró aun con el advenimiento del cine, ya entrado el porfiriato, cuando la pareja llevaba muy frecuentemente a los niños consigo, incluyendo los de pecho, a cualquier función.¹⁶ Las clases más encumbradas a veces se privaban de estos gustos, pero había un amplio sector que acudía a muchas actividades fuera de la casa en las que se mezclaban todas las clases sociales. A Fanny Calderón de la Barca le impresionó contemplar a las aristocráticas señoras mexicanas arrodilladas con toda naturalidad en catedral, junto a las mujeres más humildes.¹⁷ Donde no se mezclaban ricos y pobres era en cuestión de comida. Las pobres tenían su tradicional cocina mexicana, siempre y cuando les alcanzara para comprar los ingredientes. Las acomodadas podían darse muchos lujos en ese año de 1842. Soñaban con los platillos succulentos que podrían adquirir, mientras sus hombres meditaban acerca del congreso constitucional del mismo año y acerca del futuro político del país. Para los paladares refinados había especialidades francesas, hechas por ex colonos cuyos sueños de convertirse en prósperos agricultores habían fracasado en

14. Olavarría y Ferrari, Enrique de: *Reseña histórica del teatro en México*. México, Imprenta "La Europa", 1895, vol. II, pp. 48-49; *Siglo XIX*, 27 marzo, 9 abril, 12 abril, 17 abril, 26 abril de 1842.

15. *Siglo XIX*, 29 abril 1842; "Neverías" en *Siglo XIX*, 2 abril y 16 abril 1842.

16. De los Reyes, Aurelio: *El cine en México, 1896-1920*. Tesis doctoral, El Colegio de México, 1979.

17. Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 369.



medio de nubes de zancudos y climas hostiles. Estos franceses encontraron una cálida bienvenida en la hambrienta capital. La fortuna que les había negado la tierra la encontraron en el desmedido amor de las familias capitalinas por los deliciosos bocadillos parisenses. En la Tocinería Francesa se podían comprar las comidas más exóticas: truchas salmoadas, lampreas, aloes, anguilas, ostras, anchoas, sardinas, legumbres en vinagre, cepas en salmuera o aceitunas rellenas. También había pasteles con frutas, perdices rellenas, liebres, hígados de ansares de Estrasburgo, cerezas en almíbar, salchichones de Marsella, lenguas ahumadas y salsas inglesas.¹⁸ Existían desde luego buenos platillos mexicanos pero no tenían el atractivo de lo importado, ni de lo novedoso.

18. *Siglo XIX*, 26 de marzo de 1842.

19. *Siglo XIX*, 1o. de julio 1842.

20. *Siglo XIX*, 24 de febrero 1842.

21. *Siglo XIX*, 26 de marzo 1842.

Uno de los tradicionales oficios abiertos a las señoras era precisamente la industria hogareña. Una señora muy emprendedora hacía anunciar en el periódico las conservas que preparaba, junto con el gustoso guayabate, peronate y membrillate¹⁹, y la respuesta de un público goloso no se hacía esperar.

Como no todo era comer y divertirse, habría que recordar otros elementos que formaban el ambiente de esos años. Se vendía en 1842, en la local de una imprenta, "una máquina para lavar toda clase de ropa". Costaba la extravagante suma de 80 pesos²⁰ y podemos imaginar a las señoras visitando la imprenta en compañía del marido o de una amiga, con ánimo de admirar la inversión, pero jamás con la idea de manejarlo personalmente. Más fácil era mandar los trajes a la tintorería, donde por medio de una "novedosa operación química" se podía desmanchar en 36 horas una capa por veinte reales, un pantalón por seis o un chaleco por cuatro.²¹ Si la señora era hacendosa y prefería hacer estas labores en casa,

podía comprar un licor de las Antillas para limpiar, desengrasar y renovar colores de la ropa de uso, casacas y pantalones, por cuatro reales el pomo.²² Desde aquel entonces comienzan los anuncios de jabones y detergentes.

Las de abajo

Es difícil caracterizar una sociedad tan heterogénea como lo fue la mexicana durante los cuarenta. Era una sociedad de transición como lo era también dentro del terreno político. Faltaba definir el rumbo que tomaría. Empieza la poderosa influencia francesa, empieza a infiltrarse la norteamericana que nadie, en aquel entonces, hubiera imaginado triunfante un siglo después. Sigue el afán por copiar la jerárquica sociedad española, sin contar con las clases sociales que componían la población de la península. Sigue también un poderoso deseo de modernizar el país, de disfrutar de los progresos materiales, pero sin pagar el precio de abandonar las formas y las relaciones de la vida de antaño.²³ Sólo durante el segundo período del porfiriato, cuando Díaz se casa con Carmelita Romero Rubio, empieza la sociedad a tener bien trazado el camino a seguir. Nuevamente hay una corte, nuevamente una Virreina, nuevamente un tono que imponer y un modelo de comportamiento, de valores, de modas.

No hemos hablado de otro sector de la población femenina. Hasta ahora hemos pintado a grandes rasgos algunos aspectos de la vida femenina dentro de los círculos afortunados, económicamente hablando. El otro lado de la moneda también nos ilumina la vida capitalina, la que transcurría en las calles. Los léperos, como llamaban a los mendigos que pululaban por la ciudad en número impresionante, vivían literalmente en la calle. No tenían lugar fijo de residencia ni modo comprobable de ganarse la vida. Las mujeres de esta clase, no sólo padecían hambre y las duras incomodidades que representaba no tener más ropa que la que llevaba encima y no tener en dónde pasar la noche, sino que se enreda-

ban con la justicia casi tanto como los hombres. Al revisar una lista de delitos comunes de la época, encontramos que las mujeres eran encarceladas en condiciones inhumanas, por "incontinencia adulterina" (ningún hombre era procesado por este delito), por riñas, robos, borracheras (era delito que una mujer tomara tepache, no así el hombre), por raptos o por portar armas. Las de mejor posición, por escaparse de la casa del marido o del padre o por huir del depósito (lo que quiere decir que por haberse portado mal o por ausencia de su tutor la mujer había sido encerrada en casa de algún pariente u otra persona que se hiciera legalmente responsable de ella).²⁴ El único consuelo para estas mujeres era la escuela que algunas damas de la más alta sociedad mexicana habían establecido para ellas.²⁵ Creían que la regeneración moral de las encarceladas se lograría a través del alfabeto. No tenemos datos sobre la vida posterior que llevaban las ex presas; la clasificación de sus delitos es suficiente para comprobar la extrema pobreza y violencia de sus vidas cotidianas.

Para terminar un recorrido por los distintos grupos femeninos habría que detenerse un momento ante quienes, sin duda eran las más infelices: las consignas en el hospital de mujeres dementes del Divino Salvador. Según informes de la época, uno de los más terribles problemas era el carácter de la directora del mismo: un triste caso de mujer que atormenta a mujeres. Un pobre hombre, obligado a recluir allí a su esposa quien tenía la costumbre de salirse corriendo de la casa sin ropa encima, se quejó amargamente de los maltratos que recibía su mujer a manos de la directora. Golpes, gritos y ayunos forzosos estaban a la orden del día. La junta protectora del hospital, encabezada por Anacleta Pazuengos de Oliver, parece no haber podido remediar la situación, pues el tratamiento de las enfermas mentales era tradicionalmente deplorable.²⁶

Encierro y buenos consejos

El tema del encierro nos lleva a otro acontecimiento, importante entretenimiento para la sociedad católica de estos años. Por un lado, estaban las tandas de ejercicios espirituales para mujeres, éstos sí divididos por clases sociales. Por ejemplo, los que hacían las mujeres pobres, y con este adjetivo se anunciaban, se llevaban a cabo en Nuestra Señora de los Angeles. Los que se hacían en La Profesa eran decididamente más aristocráticos, pero ya para 1842 había cierta falta de entusiasmo para estos eventos y hubo necesidad de cancelarlos

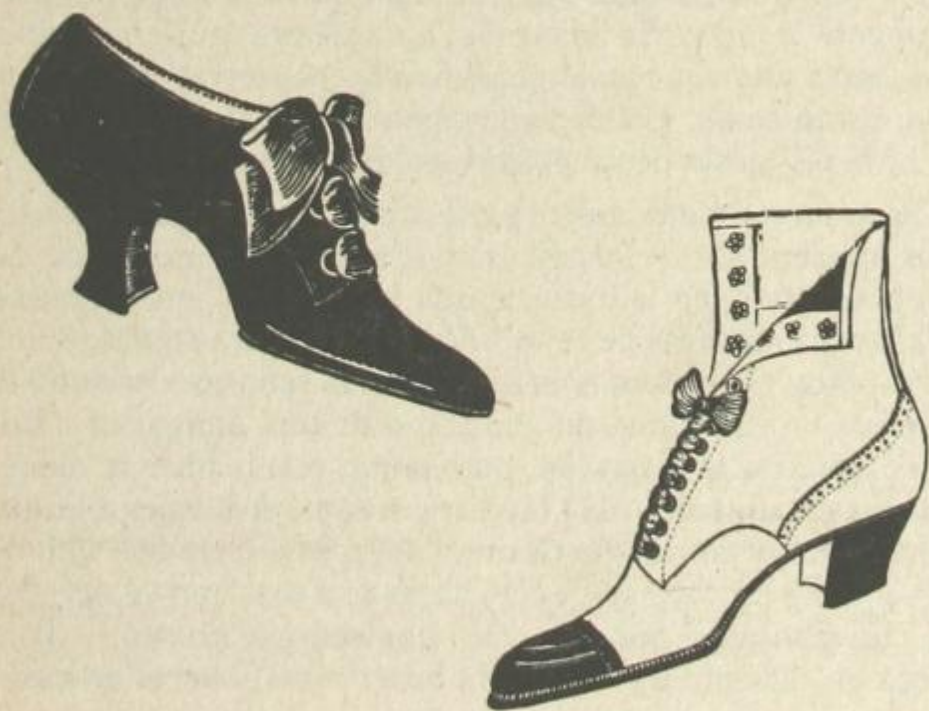
22. *Siglo XIX*, 18 de febrero 1842.

23. O'Gorman, Edmundo: *México, el trauma de su historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

24. *Siglo XIX*, varios, 1842; Muriel, Josefina: *Los recogimientos de mujeres*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.

25. "Compañía Lancasteriana" en *Siglo XIX*, 9 de enero 1842. La señora María Ana Gómez de la Cortina presidía el grupo de las socias encargadas de la escuela de mujeres presas. Dolores Mier de Torres era la directora.

26. *Siglo XIX*, 13 abril, 28 julio 1842.



por no reunir un número suficiente de asistentes. La fundación fue trasladada al colegio de Belén de niñas.²⁷

Otro espectáculo era la toma de hábito de las novicias. En el "Seminario civil y religioso", título de un apartado en el periódico, se anunciaban todos los servicios religiosos que tendrían lugar durante la semana y muy a menudo aparecen en él las tomas de hábito. Nunca se daba el nombre de la novicia, ni el de sus padres, simplemente se anunciaban la iglesia y la hora. Los padres hacían circular entre sus amistades invitaciones impresas, éstas sí con el nombre de la interesada, para que concurren el mayor número posible de personas. Tales funciones, en ocasiones dramáticas en extremo, seguían gozando de gran popularidad, seguramente por teatrales y lujosas. Las mismas muchachas muchas veces sacrificaban su vida entera por esos codiciados momentos de esplendor y de admiración.

A medida que va avanzando el siglo se definen muy marcadamente dos tendencias, dos actitudes hacia la mujer, siendo la conservadora obviamente la dominante. Se llega a discutir el tipo de mujer ideal cuando se planea su educación. Una fuerte corriente, respaldada por los proponentes de una educación estrictamente católica, llegan a negar la conveniencia de una instrucción académica o humanística. "El bello sexo no necesita ciencia, sino buenos consejos. . . la Virtud no reside en los secretos de la ciencia ni en el fárrago de una erudición tan indigesta como inútil; bastan los buenos consejos". En otra parte añaden "la instrucción debe ser exclusivamente moral y religiosa. . . La iglesia es la única fuente de la virtud", y después agrega, como punto más importante "la práctica de la abnegación y los sacrificios personales, así como fortificar los instintos de bondad y combatir los vicios, deben ser el principal objeto de la educación", de las mujeres, desde luego. Virtud y erudición estaban peleadas, la ignorancia se confundía con la inocencia, y la mujer era vista como simple apoyo a las aspiraciones masculinas, abnegada y devota. La desenvoltura y el orgullo eran considerados como máximos defectos de carácter, capaces de hacer perder la vida eterna. El prototipo ansiosamente buscado por esta corriente en un país pobre a mediados del siglo pasado, era una mujer que no participara en la vida cotidiana puesto que era incapaz de enfrentar las difíciles condiciones contemporáneas, ya que, de hacerlo, en cualquier momento podía ocurrir algo inconveniente: "la niña que no siente matizadas sus mejillas por el pudor da indicios de costumbres ásperas y duras y de malas inclinaciones". El lema supremo era "simplicidad en el corazón, silencio en la boca, pudor en el rostro".²⁸

Por otro lado muchos educadores luchaban, hasta donde lo permitían las circunstancias económicas del país, por implantar un concepto educativo popular. Se enorgullecían cuando las mujeres empezaban a sobresalir como maestras y cuando algunas valientes, ya en la década de los ochenta, empezaron a cursar nuevas carreras. Se llevaba adelante una

dura lucha por convencer a las mujeres mismas de que tenían igual disposición que los hombres para estudiar, por ejemplo, las artes liberales. El más irreverente de cuantos lucharon por la educación de la mujer, Ignacio Ramírez, con su acostumbrado sarcasmo, dio el golpe de muerte a la figura ornamental de la mujer, tan típica de su siglo. "El romanticismo es un lujo y se aviene mal con la pobreza y la ignorancia; el romanticismo de una tonta cuesta un par de pesos en cualquier establecimiento sospechoso."²⁹ Todo lo que se había visto como máxima virtud, como síntesis de la feminidad —de acuerdo con el modelo romántico— estaba, para Ramírez, fuera del contexto mexicano. Este desequilibrio entre los problemas de la nación mexicana —en proceso de formación— y sus mujeres desesperaba a los libre pensadores y a los reformistas de la época.

Hemos escogido el año de 1842 para reunir algunos datos acerca de la mujer y de sus actividades, un año sin significación especial y por tanto típico de la década, con el fin de matizar la imagen de la mujer encerrada en su casa. Indudablemente todas las mujeres participaban en alguna medida en las actividades colectivas de la capital. Algunas restringían su participación a los actos religiosos, pero la mayoría, aparte de sus diarias salidas al mercado, tenía por lo menos la oportunidad de ir de paseo, a los toros, a jugar cartas, a las tertulias, y de fumarse un puro, asistir al teatro, observar las ascensiones en globo, ver las marionetas, las exhibiciones gimnásticas, los animales salvajes, ir a conciertos y tomar café o comer en una fonda. Por muy malas que hayan sido las condiciones económicas y políticas de la gran ciudad, los recuerdos documentales nos indican que sí hubo forma de distraerse y seguramente la población femenina aprovechó al máximo estas interrupciones en las muchas veces tediosa vida casera. J

27. Siglo XIX, 4 enero 1842, 3 julio 1842.

28. *Gazeta de Monterrey* de 6 mayo 1866 en Ordoñez, Plinio: *Historia de la educación pública en el estado de Nuevo León, 1592-1942*. Monterrey, Talleres Linotipográficos del gobierno del estado, 1942, vol. I, pp. 118, 120, 121.

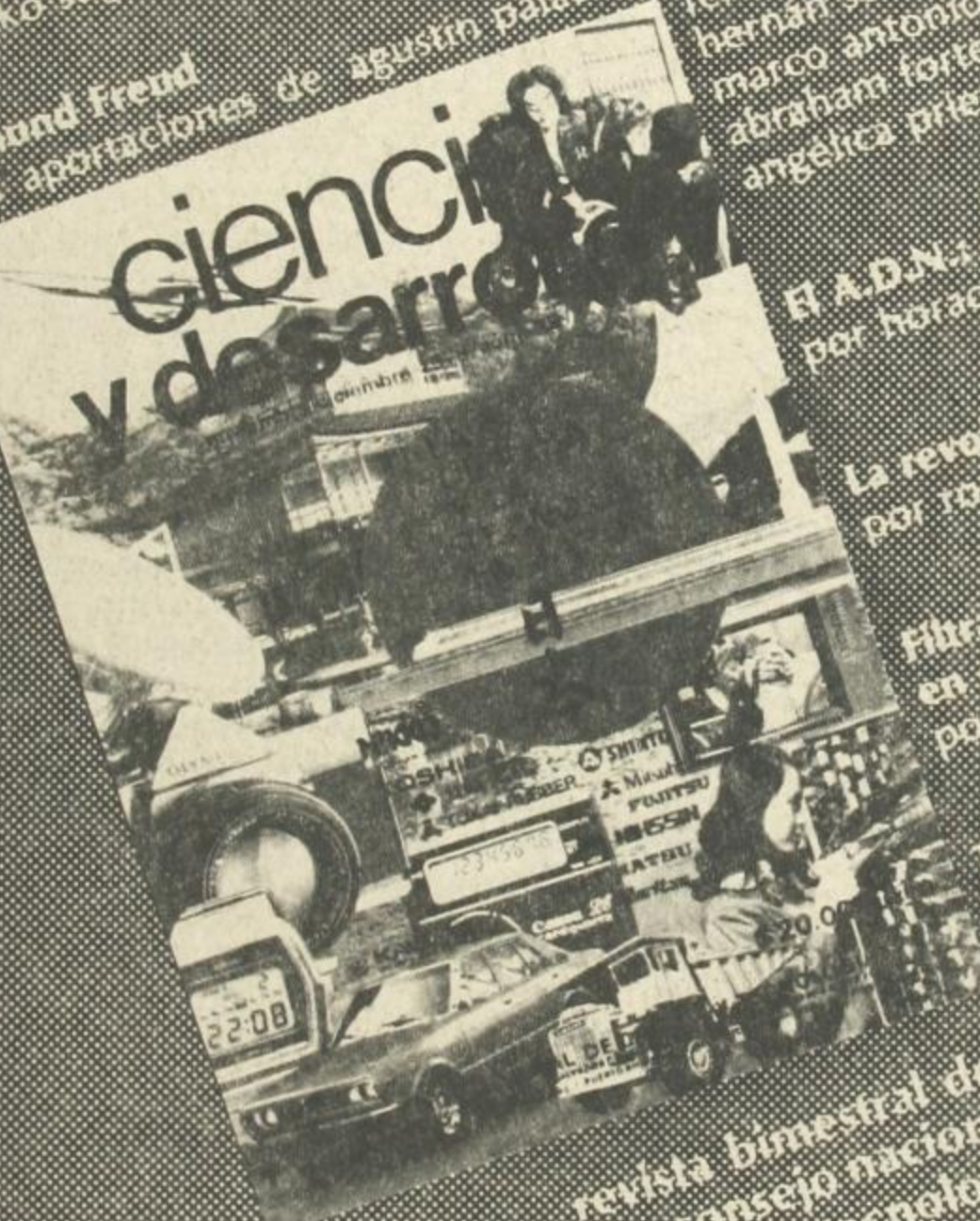
29. Ramírez, Ignacio: "Educación de la mujer" en *Escuelas laicas, textos y documentos*. México, Empresas Editoriales, 1948, p. 149.

La ciencia y la tecnología en Japón
por yoko sugiura yamamoto

Sigmund Freud
con aportaciones de

ciencia y desarrollo

noviembre



agustín palacios juan vivres
fernando cesarman
hernán solís
marco antonio dupont
abraham fortes
angelica prieto

El A.D.N.: clave de la vida (segunda parte)
por horace freeland judson

La revolución nuclear
por ronald w. clark

Filtraciones naturales de petróleo
en el golfo de México y en el Caribe
por richard a. geyer

Tecno-Ficción

La multiplicación de las colas
por russell baker

revista bimestral del
consejo nacional
de ciencia y tecnología
México

ciencia y desarrollo

noviembre-diciembre 1979/num. 29

Precio 21 pesos

De venta en librerías de descuento,
grandes almacenes y librerías
55 000 ejemplares. Expedición controlada
por el Instituto Casas-Arroyave